

tus javatos á casa del síndico de Lærig á reclamarle lo que me debe? ¿Cuatro escudos fuertes por haber hecho hervir á una bruja y á dos alquimistas, y por haber quitado unas cadenas de las vigas de su tribunal, que lo afeaban; veinte ascalinos por haber descolgado del palo al judío Ismael, y un escudo por haber puesto un brazo nuevo de madera á la horca de piedra del villorrio?

—El salario, contestó la mujer con voz ágría, se quedó en manos del síndico, porque tu hijo se olvidó de llevar la cuchara de palo para recibirlo, y ningún criado del juez quiso dárselo en la mano.

El marido frunció las cejas.

—Que caiga su pescuezo en mis manos y verán si tengo necesidad de cuchara de madera para tocarlo. Con todo, no hay que regañar con el síndico; él tiene que juzgar al ladrón Har, que se queja de que se le dió tormento, no por mano del atormentador, sino por la mía, alegando que no habiendo sido juzgado todavía no puede ser declarado infame. Ahora que recuerdo, mujer; haz que no jueguen los chicos con mis pinzas y mis tenazas; han desordenado todos mis instrumentos de tal modo, que no he podido usarlos hoy. ¿Dónde están esos pequeños mónstruos?... continuó el habitante de la torre maldita, acercándose al montón de paja en el que Spiagudry creyó ver tres cadáveres. Ahí están tendidos y durmiendo como tres ahorcados.

A estas palabras, cuyo horror contrastaba con la tranquilidad espantosa y la atroz alegría del que las pronunciaba, habrá ya adivinado el lector quién era el sér que ocupaba la torre de Vyglá. Spiagudry, que desde el momento de su aparición le reconoció, por haberle visto figurar con frecuencia en las siniestras ceremonias de la plaza de Drontheim, estuvo á punto de desmayarse de espanto, pensando sobre todo en el motivo personal que tenía desde la víspera para temer á tan temible funcionario. Acercóse al oído de Ordener y le dijo con voz casi inarticulada: Es "*Nychol Orugix, verdugo de Drontheimnus*." Ordener, horrorizado al oírlo, se estremeció y echó de menos el camino y la tempestad; pero pronto se apoderó de él no sé qué sentimiento de curiosidad indefinible, y sin dejar de compadecer á su pobre compañero por su susto y su confusión, concentró su atención en las palabras y en el modo de vivir del sér singular que tenía delante, como se escucha ávidamente el bramido de una hiena ó el rugido de

un tigre, traídos del desierto á nuestras ciudades.

El pobre Spiagudry no tenía la serenidad de espíritu suficiente para hacer estas observaciones psicológicas; escondido detrás de Ordener, acurrucábase en su capa, llevaba la mano trémula á su emplasto, bajaba casi hasta los ojos su flotante peluca y exhalaba de vez en cuando hondos suspiros.

Entre tanto la mujer había servido en un gran plato de barro el cuarto de cabrito asado, acompañado de su correspondiente rabo. El verdugo se sentó frente á Ordener y á Spiagudry, entre los dos sacerdotes, y su mujer, despues de poner en la mesa un cántaro de cerveza endulzada con miel, un pedazo de *rindebrod* (1) y cinco platos de madera, sentóse delante del hogar y se ocupó en afilar las pinzas melladas de su marido.

—Vaya, reverendo sacerdote, dijo Orugix riendo; la oveja os ofrece cabrito. Y vos, señor de la peluca, ¿es el viento el que os puso los pelos sobre la cara?

—El viento... la tempestad... balbuceó temblando Spiagudry.

—Animo, buen viejo; ya veis que estos sacerdotes y yo somos buenos camaradas. Decidnos quién sois y quién es vuestro jóven y taciturno compañero, y hablad un poco, trabemos amistad. Si vuestros discursos corresponden á vuestro aspecto, debéis ser hombre divertido.

—Favor que os dignais hacerme, contestó el conserje, contrayendo los labios, enseñando los dientes y guiñando el ojo, como haciendo que se reía; yo soy un pobre viejo...

—Sí, añadió el jovial verdugo; algun viejo sábio, quizás hechicero...

—Sábio sí; hechicero no.

—Tanto peor; un hechicero completaría nuestro *sanedrín*. Bebamos, mis señores huéspedes, para que recobre el uso de la palabra este viejo que vá á animar la cena. A la salud del ahorcado de hoy, hermano predicador. ¿Qué es eso, ermitaño? rehusais mi cerveza?

El ermitaño había sacado, en efecto, de debajo de su ropón una calabaza grande, llena de un agua muy clara, de la que llenó su vaso.

—Pardiez! exclamó el verdugo; si no probais la cerveza, yo sí que quiero probar esa agua que preferís.

—Probadla.

—Empezad por quitaros ese guante,

(1) Pan de corteza de árbol, con que se alimentan las clases indigentes de Noruega.

reverendo hermano; debe servirse la bebida con las manos desnudas.

El ermitaño hizo un signo negativo.

—No puede ser, es un voto, contestó el aludido.

—Pues servidme así.

Apenas tocó Orugix el vaso con los labios lo rechazó violentamente, mientras que el ermitaño vaciaba el suyo de un solo trago.

—¿Qué diablos de bebida es ese licor infernal? Solo probé otro tan malo el día que estuve á punto de ahogarme navegando desde Copenhague á Drontheim. En verdad, señor ermitaño, que eso no es agua de la fuente de Lynrass, sino agua del mar...

—Agua del mar! exclamó Spiagudry con profundo espanto, que aumentaba la vista del guante del encapuchado.

—Viejo Absalón, dijo el verdugo riendo bestialmente, todo os asusta, todo os alarma; hasta la bebida de un santo cenobita que se mortifica.

—No, señor; no me alarma... ¡Pero el agua del mar! Solo hay un hombre...

—No sabeis qué decir; vuestra continua turbación proviene, ó de una conciencia poco limpia, ó de que nos despreciáis.

El acento de enojo con que pronunció el verdugo estas palabras obligó á Spiagudry á disimular su terror; para halagar al terrible habitante de la torre recorrió su vasta memoria, y echó mano á la poca presencia de espíritu que le quedaba.

—Despreciaros yo! ¡á vos, cuya presencia en una provincia dá á ésta el *merum imperium*; á vos, maestre de las altas obras, ejecutor de la vindicta singular, espada de la justicia, escudo de la inocencia! A vos, á quien aristóteles, libro sexto, capítulo último de su *Politica*, coloca entre los magistrados, y cuyos emolumentos eleva Paris de Puteo, en su tratado de *Síndico*, á cinco escudos de oro, como lo prueba este pasaje: "*Quinque aureos manivolto*." A vos, señor, cuyos colegas en Cronstadt adquieren la nobleza cuando llegan á cortar trescientas cabezas; á vos, cuyas terribles, pero honrosas funciones, las llena con orgullo en Francia el casado más reciente, en Betlinga el consejero más jóven y en Stedien el último industrial instalado. Vuestros compañeros tienen en Francia el derecho de *havadium* sobre cada enfermo de San-Ladre, sobre los cerdos y sobre los bollos de la víspera de la Epifanía. Os miro con respeto, porque sé que el

abad de Saint-Germain-des-Prés os dá todos los años, el día de San Vicente, una cabeza de puerco, y os coloca al frente de la procesion.

Aquí la facundia erudita del conserje fué bruscamente interrumpida por el verdugo:

—A fé mia que ahora lo sé. El docto abad de que hablais no me ha pagado todavía ninguno de esos derechos que tan seductores me pintais. Sin hacer caso de las extravagancias de ese viejo, caballeros huéspedes, debo deciros que he malogrado mi carrera. No soy hoy más que el pobre verdugo de una provincia pobre, y debí hacer más fortuna que Stillison Dickoy, el famoso verdugo de Moscovia; porque os debo participar que fui designado hace veinticuatro años para ajusticiar á Schumacker.

—¡A Schumacker, el conde de Griffenfeld! exclamó Ordener.

—Esto os admira, señor mudo? Pues ni más ni menos; soy el que debia despachar al otro mundo á Schumacker, que una casualidad singular volverá á poner á mi disposición, en el caso de que el rey le retire el indulto. Apuremos este cántaro y os contaré cómo, habiendo empezado con tan buenos auspicios, vine á acabar tan miserablemente.

—Era yo en 1676 criado de Rhun Stuald, verdugo real de Copenhague. Cuando fué condenado á muerte el conde de Griffenfeld cayó enfermo mi amo, y yo, merced á mis protectores, fuí elegido para reemplazarle en aquella gloriosa ejecucion. El día 5 de Junio—jamás olvidaré aquel día—desde las cinco de la mañana, con la ayuda del carpintero, levanté en la plaza de la Ciudadela un gran patíbulo, que cubrimos de negro por respeto al sentenciado. A las ocho la guardia noble rodeó el cadalso y los hulanos de Slesvig contuvieron la muchedumbre que se apiñaba en la plaza. ¿Quién no se hubiera entusiasmado en mi lugar?

En pié y con el sable en la mano esperaba yo en lo alto del tablado; todas las miradas estaban fijas en mí; era yo en aquel momento el personaje más importante de los dos reinos.

Mi fortuna, decia yo para mi colete, está hecha; porque ¿qué conseguirían sin mí todos los grandes señores que han jurado la ruina del canceller? Creíame ya ejecutor real con título en la capital, tendria criados, privilegios, etc.—Escuchad.—El reloj del castillo dió las diez: el reo sale de la prision, atraviesa la pla-

za y sube al cadalso con paso firme y con aire tranquilo. Quise atarle el cabello, me rechazó y se prestó á sí mismo ese último servicio.—“Mucho tiempo hacia, dijo el prior de San Andrés sonriendo, que yo no me habia peinado solo.” Ofrecíle la venda negra, que él alejó de sí con desdén, aunque sin mostrarme desprecio.—“Amigo mio, me dijo, esta es la primera vez que un espacio de pocos piés reúne á los dos miembros extremos del orden judicial, al canciller y al verdugo.”—Estas palabras quedaron grabadas en mi memoria. Rehusó tambien el almohadon negro que quise poner bajo sus rodillas, abrazó al sacerdote y se arrodilló, despues de haber dicho con voz entera que moria inocente. Rompí de un hachazo el escudo de sus armas, gritando como es costumbre: *No se hace esto sin justa causa*. Esta afrenta dió golpe terrible á la firmeza del conde; palideció, pero se apresuró á responder:—“*El rey me las dió, el rey puede quitármelas.*” Apoyó la cabeza sobre el tajo, dirigiendo los ojos hácia Oriente, y yo levanté el sable con las dos manos... En aquel instante llegó un grito á mis oídos...—*¡Perdon en nombre del rey, perdon para Schumacker!* Volví la cabeza y ví á un ayudante de campo que galopaba hácia el patíbulo, agitando un pergamino desarrollado. Levantóse el conde, si no alegre, satisfecho. Entregáronle el pergamino.

—“Dios mio! exclamó. ¡Prision perpétua! ¡el perdon es más cruel que la muerte! y bajó abatido del cadalso, al que habia subido sereno. A mí me era indiferente, porque no comprendí que en la salvacion de aquel hombre estribaba mi pérdida. Despues de haber demolido el cadalso llegué á casa de mi amo, lleno todavía de esperanzas, aunque contrariado por haber perdido el escudo de oro, precio de la cabeza del reo. No paró aquí mi desgracia; al dia siguiente recibí una orden de destierro y un diploma de ejecutor provincial para Drontheimnus. Verdugo de provincias y de la última provincia de Noruega. Ved cómo las pequeñas causas producen grandes efectos.

Los enemigos del conde, con el objeto de aparecer clementes, lo habian dispuesto todo para que llegase el perdon despues de ejecutada la sentencia; les falló su cálculo por dos minutos, quizás por menos; achacáronlo á mi lentitud, ¡como si el ejecutor régio que decapita á un gran canciller pudiera hacerlo con menos dignidad y mesura que un ver-

dugo de provincia que ahorca á un judío! Agréguese á esto la malevolencia: tenia un hermano, que si no me engaño vive todavía, que consiguió un empleo, cambiando de apellido, en casa del conde de Ahlefeld, y mi presencia en Copenhague importunaba á aquel miserable, que me desprecia, porque puede ser que yo le ahorque el dia menos pensado.

Interrumpióse el narrador para dar curso á su jovialidad, y luego prosiguió:

—Ya veis, amables huéspedes, que he tomado mi resolucio. ¡Vaya al diablo la ambicion! Ejerzo honradamente aquí mi oficio: vendo los cadáveres ó Beclia los convierte en esqueletos, que me compra el gabinete de Anatomía de Berghem; me rio de todo, hasta de esta pobre hembra, que fué bohemia y que la soledad enloquece; mis tres herederos crecen temiendo al diablo y á la horca. Mi nombre es el coco de los chiquillos del Drontheimnus. Los síndicos me surten de una carreta y de vestidos rojos. La torre maldita me guarece de la lluvia tan bien como me guarecería el palacio del obispo: los sacerdotes que trae la tempestad á mi guarida me echan sermones, los sábios me adulan; en fin, soy feliz como cualquier otro: cómo, bebo, ahorro y duermo.

No terminó el verdugo su discurso sin sazonarlo con tragos de cerveza y con sonoras carcajadas.

—Mata y duerme! exclamó el sacerdote; desgraciado!

—Este miserable es feliz, añadió el ermitaño.

—Sí, soy miserable como vos, pero mucho más feliz. El oficio seria bueno si no trataran de acabar con sus beneficios. ¿Creeis que no tengo noticias de las famosas bodas que van á celebrarse y que dan ocasion al nuevo capellan de Drontheim para pedir el perdon de doce reos que me pertenecen?

—Que os pertenecen! preguntó el sacerdote.

—Pues ya se vé que sí. Siete de ellos debian ser azotados, dos marcados en el carrillo izquierdo y tres ahorcados, total doce; esto es, doce escudos y treinta ascalinos, que pierdo si se les concede el perdon. Ya veis cómo ese limosnero dispone de mi hacienda. Ese maldito sacerdote se llama Atanasio Munder. ¡Oh, si cayese en mis manos!

El ministro se levantó y dijo con voz serena y reposado continente;

—Hijo mio, yo soy Atanasio Munder.

Al oír esto, inflamáronse en cólera todas las facciones de Orugix y se lanzó con ímpetu de su asiento; pero su furiosa mirada se encontró con la mirada serena y evangélica del capellan, y volvió á sentarse con lentitud, mudo y confuso.

Reinó un momento de silencio, que rompió Ordener levantándose de la mesa, resuelto á defender al sacerdote.

—Nychol Orugix, le dijo, tomad estos trece escudos para remuneraros del perdon de los reos...

—Quién sabe si le obtendré? Seria preciso para saberlo que yo pudiese hablar con el hijo del virey, porque este asunto depende de su matrimonio con la hija del canciller.

—Señor limosnero, respondió el jóven con voz firme, os prometó que lo obtendreis. Ordener Guldenlew no recibirá el anillo nupcial sino con la condicion de que se ponga en libertad á vuestros protegidos.

—¡Jóven extranjero, eso no depende de vos, pero Dios os oye y os recompensará!

Los trece escudos de Ordener concluyeron de apaciguar á Nychol, el que, tranquilo ya, recuperó la alegría.

—Ya veo, reverendo sacerdote, dijo, que sois excelente sugeto, digno de decir misa en la capilla de San Hilarion; yo mismo no creia lo que antes dije de su paternidad. Seguid vuestro camino recto, que no es culpa vuestra de que ese camino se cruce con el mio. Pero á quien no puedo ver es al conserje de los muertos de Drontheim, al viejo mago del Spladgest, que se llama no sé cómo. Decidme, doctor de la peluca, que sois una Babel de sabiduría, que lo sabeis todo, ¿podeis ayudarme á dar con el apellido de ese pícaro brujo? Alguna vez le habreis encontrado en dia de *sábado*, cabalgando en los aires sobre un palo de escoba.

Si el pobre Spiagudry hubiera podido huir en aquel momento sobre cualquiera cabalgadura aérea, hubiera huido, sin miedo á afrontar el peligro. Nunca tuvo tanto apego á la vida como desde que comprendió la inminencia de perderla. Todo cuanto veia le aterraba; las tradiciones de la torre maldita, los ojos desencajados de la mujer de Orugix, la voz, los guantes y la bebida del misterioso ermitaño, la aventurera intrepidez de su compañero y, sobre todo, la presencia del verdugo, en cuya guarida caia, hu-

yendo de un crimen imaginario. Temblaba de tal manera, que ningun movimiento en él era voluntario, sobre todo desde que vió el giro fatal que iba tomando la conversacion y oyó el apóstrofe del formidable Orugix. Como no pensaba en imitar el heroismo del sacerdote, su lengua embotada no pudo en mucho tiempo articular ni una sola palabra.

—No contestais? ¿no sabeis el nombre del conserje del Spladgest? ¿Os vuelve sordo la peluca?

—Sí... sí... pero os juro que no sé cómo se llama.

—No lo sabe? replicó el ermitaño con fuerte voz. Hace mal en jurarlo; el conserje se llama Benigno Spiagudry.

—Yo! yo! Dios mio! exclamó el anciano aterrorizado.

El verdugo lanzó una carcajada.

—Quién dice que seais vos? replicó; aquí solo se trata de ese pagano conserje. El buen pedagogo se espanta de todo. ¿Qué seria si estas gesticulaciones ridículas tuviesen fundado motivo? Seria cosa de morirse de risa. ¿Conque es decir, venerable doctor, prosiguió diciendo el verdugo, que se divertia con el terror de Spiagudry, que no conoceis á Benigno Spiagudry?

—No, señor, le respondió algo tranquilizado, al ver que no habian descubierto su incógnito; y ya que ese hombre os desagrada, me place no conocerle.

—Vos sí que parece que le conozeais, señor ermitaño.

—Sí por cierto. Es un hombre alto, seco, viejo y calvo. Tiene las manos largas como las de un ladron y la espalda encorvada; cualquiera le tomara por uno de los cadáveres que custodia, si no tuviera los ojos vivos y penetrantes.

Spiagudry llevó la mano á su emplastro protector.

—Gracias, padre, dijo el verdugo al ermitaño; ya en cualquier sitio que le vea estoy seguro de reconocer á ese viejo judío.

—No crec que sea judío, contestó Spiagudry, que era buen cristiano y que no pudo tolerar esa injuria.

—Judío ó pagano, qué más dá? Lo cierto es que está en relaciones con el diablo, segun se asegura.

—Lo creeria, repuso el ermitaño con sardónica sonrisa, que su capucha no ocultaba, si no fuese tan gallina. Siendo así, cómo ha de pactar con Satanás? Es tan cobarde como pícaro. Cuando el miedo se apodera de él no sabe lo que se hace,

El ermitaño hablaba lentamente, como si tratara de disfrazar la voz, pero la misma lentitud de sus palabras les daba singular expresion.

—No sabe lo que se hace, se repitió interiormente Spiagudry.

—Me sabe mal que un pícaro sea cobarde, dijo el verdugo, porque así no vale la pena de aborrecerle. Se pelea contra la serpiente, pero al sapo se le espachurra.

Spiagudry aventuró algunas frases en su propia defensa.

—Pero, señores, ¿estais seguros de que ese empleado público sea como le retratais? Tiene acaso esa reputacion?

—Tiene la reputacion más execrable de toda la provincia, contestó el ermitaño.

Benigno, contrariado, se volvió hacia el verdugo, diciéndole:

—Qué quejas teneis de él? Porque es indudable que vuestro odio tendrá algun motivo.

—Lo tiene: como su comercio se parece al mio, hace cuanto puede por perjudicarme.

—Si eso es así, debe consistir en que ese hombre no os ha visto como yo, rodeado de vuestra graciosa mujer y de vuestros preciosos hijos, admitiendo á los extraños para que se calienten en vuestro hogar doméstico. Si hubiera disfrutado como nosotros de tan amable hospitalidad, ese desgraciado no podría ser vuestro enemigo.

Terminada apenas la discreta allocucion de Spiagudry, la mujer, que hasta entonces habia permanecido muda, se levantó y dijo con voz ágricamente solemne:

—Nunca es más venenosa la lengua de la víbora que cuando tiene un baño de miel.

Después de pronunciar esta grave sentencia se sentó y continuó afilando las pinzas, trabajo cuyo ruido ronco y chillon, llenando los intervalos del diálogo á expensas de los oídos de los cuatro viajeros, hacia el papel de los coros en una tragedia griega.

—Esa mujer debe estar loca, dijo para sí el conserje, no pudiendo explicarse de otro modo el mal efecto que la habia producido su adulacion.

—Beclia tiene razon, exclamó el verdugo, y creeré que teneis lengua de víbora si continuais justificando á Spiagudry.

—Yo no le justifico.

—Bien hecho, porque no podeis ima-

ginaros hasta dónde llega su insolencia. ¿Quereis creer que el muy desvergonzado tiene la temeridad de disputarme la propiedad de Han de Islandia?

—Han de Islandia! dijo bruscamente el ermitaño.

—Sí. Conoceis á ese famoso bandido?

—Sí, contestó el ermitaño.

—¿No es cierto que los bandidos pertenecen de derecho al verdugo? Pues bien: ese infernal Spiagudry pide que se señale un premio al que presente la cabeza de Han.

—¿Pide que se ponga precio á la cabeza de Han? preguntó el ermitaño.

—Sí, tiene ese atrevimiento, con el objeto de que vaya á parar el cuerpo del bandido al Spladgest y quede yo privado de lo que es mio.

—Qué infamia! ¡atreverse á disputaros lo que os pertenece!

Decia el ermitaño esas palabras con la sonrisa maligna que aterraba á Spiagudry.

—Es tanto más negra, cuanto una ejecucion como la de Han podría sacarme de la oscuridad y darme la suerte que perdí cuando el lance de Schumacker.

—De veras, Nychol?

—Sí, hermano ermitaño; venga vuestra paternidad á verme el dia que decapitemos á Han y nos comeremos un cochinillo á la salud de mi futura elevacion.

—Con mucho gusto, si estoy libre ese dia; ¿pero no habíais renunciado á la ambicion?

—Sí, pero vuelvo á tenerla desde que veo que para destruir mis esperanzas mejor fundadas basta un Spiagudry y un memorial al gobernador.

—¿Sabeis cierto que Spiagudry ha presentado ese memorial? preguntó el ermitaño con voz extraña.

Aquella voz era para el pobre Benigno como para el pájaro la mirada de la serpiente.

—Señores, repuso, ¿por qué juzgais temerariamente? Quizás eso sea una falsa noticia...

—Esa noticia es cierta, contestó Orugix. La demanda de los síndicos está ahora en Drontheim, apoyada con la firma del conserje, y solo falta la decision del general gobernador.

Estaba el verdugo tan enterado, que Spiagudry no se atrevió á insistir más. Contentóse con maldecir interiormente por la centésima vez á su imprudente compañero. Pero cuál fué su sobresalto al oír que el ermitaño, levantando de

repente la cabeza, decia con su tono irónico habitual:

—Mi querido Nychol, ¿á qué suplicio se condena á los sacrilegos?

Hicieron estas palabras en Spiagudry el mismo efecto que si le hubiesen arrancado el emplasto y la peluca.

—Eso depende de la clase de sacrilegio que sea, respondió el verdugo.

—¿Qué suplicio corresponde al que profana un cadáver?

Temblaba de piés á cabeza el pobre Benigno, esperando de un momento á otro oír pronunciar su nombre al inexplicable ermitaño.

—Antiguamente, dijo Orugix con frialdad, se le enterraba vivo con el cadáver profanado.

—Y ahora?

—Ahora hay más humanidad.

—Más humanidad! exclamó Spiagudry, respirando apenas.

—Sí; ahora se empieza por imprimirle con un hierro ardiendo una S en las pantorrillas y luego se contentan con ahorcarle.

—Misericordia! exclamó Spiagudry.

—Pero qué teneis? ¡Me mirais como me mira el reo en la horca!

—Veo con gusto, dijo el ermitaño, que los hombres son ya más humanos.

En este momento, en que la tempestad ya habia cesado, se oyó distintamente y á lo lejos el sonido claro é intermitente de una corneta.

—Nychol, dijo la mujer, sin duda persiguen á algun malhechor, porque se oye la corneta de los arqueros.

—La corneta de los arqueros! repitió cada uno de los interlocutores con diferente acento y Spiagudry con el del más profundo terror.

En este mismo momento llamaron á la puerta de la torre.

## XIII.

Solo hace falta un hombre y una bandera: los elementos para una revolucion están preparados. ¿Quién la empezará? Apenas haya un punto de apoyo, todo se conmovirá.

(BONAPARTE.)

Levig es un villorrio situado en la ribera septentrional del golfo de Drontheim, arrimado á una cadena de colinas peladas y pintarrajeadas por diferentes cultivos. El aspecto del pueblo es triste: la cabaña de madera y de junco del pescador; la choza cónica de tierra y de guijarros, en la que pasa el minero inválido los dias de su ancianidad que

sus economías le permiten dedicar al descanso y á tomar el sol; el frágil armazon de madera abandonado que cubre á su regreso el cazador de gamuzas con techo de paja y con paredes de pieles, ocupan calles largas, estrechas y tortuosas.

En una plaza, en la que hoy no se ven más que los vestigios de una inmensa torre, se elevaba entonces la antigua fortaleza, construida por Horda-el-Buen-Arquero, señor de Levig y hermano de armas del rey pagano Halfdan, que ocupaba en 1698 el síndico del pueblo, el que hubiera sido el habitante mejor alojado si una cigüeña no hubiese ido todos los veranos á posarse en la extremidad del campanario puntiagudo de la iglesia, semejante á una perla blanca colocada en la cima del agudo bonete de un mandarin.

La misma mañana del dia que llegó Ordener á Drontheim, otro personaje desembarcó, tambien de incógnito, en Levig. Su litera dorada, pero sin armas, y sus cuatro lacayos, armados hasta los dientes, fueron objeto de todas las conversaciones y de todas las curiosidades. El posadero de la *Gaviota de oro*, especie de venta, en la que el personaje se apeó, adquirió cierto aire misterioso, y respondia á todas las preguntas: "No lo sé," con un aire que queria dar á entender: "Lo sé todo, pero nada diré." Los criados eran silenciosos y sombríos como las bocas de una mina.

Empezó el síndico por encerrarse en su torre, creyendo que por su dignidad correspondia al recién llegado visitarle; pero luego le vieron los habitantes de la población, con gran sorpresa, presentarse dos veces en vano en la *Gaviota de oro* y mendigar á la caída de la tarde un saludo del viajero, apoyado en el antepecho de su ventana entreabierto; infirieron por esto las viejas del lugar que el personaje habia hecho conocer su alta categoría al señor síndico; pero se equivocaban. Hizo presentar á un mensajero el recién llegado en casa del síndico para hacer visar su pasaporte, y el síndico observó en él un gran sello de cera verde, en el que se veian *dos manos de justicia* cruzadas, sosteniendo un manto de armiño, sobre el que habia una corona de conde en un escudo, en torno del que pendian los collares del Elefante y de Dannebrog. Esta observacion fué suficiente para el síndico, que deseaba con singular empeño obtener de la gran cancellería el sindicato mayor del Dron-

theimnus. Pero todas sus idas y venidas fueron inútiles, porque el desconocido no queria ver á nadie.

A los dos dias de la llegada del viajero á Levig entró el ventero en su cuarto á decirle, despues de saludarle profundamente, que acababa de llegar el mensajero que su cortesía esperaba.

—Que pase adelante, dijo.

Un instante después entró el mensajero y cerró cuidadosamente la puerta. Despues de inclinarse ante el viajero con respeto, permaneció silencioso, esperando que le dirigieran la palabra.

—Os esperaba esta mañana. ¿Qué os ha detenido?

—Los intereses de vuestra gracia, señor conde. ¿Me llama acaso algo más la atención?

—¿Qué hace Elfega? ¿qué hace Federico?

—Una y otro gozan de salud.

—¿No teneis algo más importante que decirme? ¿Qué hay de nuevo en Drontheim?

—Nada, sino que el baron Thorvick llegó ayer.

—Sí; sé que ha querido consultar con el anciano Levin sobre la boda proyectada. ¿Sabeis cuál ha sido el resultado de su entrevista con el gobernador?

—Hoy á las doce, hora en que salí, no habia aun visto al general.

—¿No le habia visto y llegó el dia anterior? Me extraña, Musdæmon. ¿Y vió á la condesa?

—Mucho menos, señor.

—Pero vos le habeis visto?

—Tampoco; y aunque así fuere, yo no le conozco.

—¿Pues cómo, si nadie le ha visto, sabeis que está en Drontheim?

—Por su criado, que se apeó ayer en el palacio del gobernador.

—Pero él no?

—Su criado asegura que en cuanto llegó se fué embarcado á Munckholm, despues de entrar en el Spladgest.

—Fué á Munckholm! ¿A la prision de Schumacker! Estais seguro? Siempre he tenido á Levin por un traidor. ¿Qué motivo puede llevarle á Munckholm? ¿Habrá ido tambien á pedir consejos á Schumacker?

—Noble señor, no es seguro que haya ido á Munckholm.

—Pues por qué me lo decís? ¿tratais de burlaros de mí?

—Perdóneme vuestra gracia; yo no he hecho más que repetir lo que me dijo el criado del señor baron; pero el Sr. Fede-

rico, que estuvo ayer de guardia en el castillo, no vió en él al baron Ordener.

—Vaya una prueba! Mi hijo no conoce al hijo del virey. Ordener pudo entrar de incógnito.

—Pero el señor Federico asegura que no entró nadie en el castillo.

—Eso es distinto; si mi hijo lo asegura...

—Por tres veces me lo aseguró. En ello tiene el mismo interés que vuestra gracia.

Esta reflexion tranquilizó al conde.

—Ya lo comprendo, dijo. Al llegar el baron habrá querido pasear por el golfo, y el criado creeria que iba á Munckholm. Pero, qué tiene que hacer allí? Hice mal en inquietarme. La poca prisa de mi yerno en ver al general Levin prueba, por el contrario, que no le profesa tanto afecto como yo me figuraba. ¿Creereis, querido Musdæmon, prosiguió el conde sonriendo, que ya imaginaba á Ordener enamorado de Ethel Schumacker, y que ya urdía una novela y una intriga amorosa sobre el viaje á Munckholm? A Dios gracias, Ordener es menos loco que yo. A propósito, ¿qué es de esa linda dama en manos de Federico?

Musdæmon concibió las mismas inquietudes que su señor con respecto á Ethel, y con facilidad pudo desvanecerse las. Pero contento con ver sonreír al conde, guardóse muy bien de turbar su seguridad, buscando, por el contrario, la manera de aumentarla.

—Vuestro hijo nada logró de la hija de Schumacker...; parece que otro fué más afortunado.

—Otro! y... quién?...

—¿Qué sé yo!... algun rústico... algun patán.

—Es cierto? exclamó el conde, cuyo semblante, duro y sombrío, brilló de pronto radiante de alegría.

—Así nos lo ha asegurado el señor Federico á la señora condesa y á mí.

Levantóse el conde y empezó á pasearse por la estancia frotándose las manos.

—Hagamos un esfuerzo más, amigo Musdæmon, y la victoria es nuestra. La rama del árbol ya está podrida; solo nos falta derribar el tronco. ¿Traeis alguna otra nueva noticia?

—Dispolsen ha sido asesinado.

El rostro del conde se desarrugó completamente.

—Ya veis que vamos de triunfo en triunfo. ¿Somos dueños de los documentos y sobre todo del cofrecillo de hierro?

—Con dolor anuncio á vuestra gracia

que el asesinato no fué obra de los nuestros. Fué muerto y despojado en las playas de Urchtal, y esa proeza se atribuye al bandido Han de Islandia.

—Han de Islandia! repitió el conde, cuyo rostro tornó á entristecerse. ¿El bandido que pensamos poner á la cabeza de nuestros rebeldes?

—El mismo, noble conde, y temo, segun lo que oí decir, que nos ha de costar gran trabajo encontrarle. Si no le encontramos, yo he adquirido un jefe que tomará su nombre y le reemplazará. Es un terrible montañés, alto y duro como un roble, feroz y atrevido como un lobo en un desierto de nieve; es imposible que ese formidable gigante no se parezca á Han de Islandia.

—Admiro, amigo Musdæmon, el arte con que disponeis nuestros planes. ¿Cuándo estallará la insurreccion?

—De un momento á otro... quizás ha estallado ya. La proteccion real pesa hace mucho tiempo sobre los mineros y han acogido con entusiasmo la idea de sublevarse. El incendio empezará por Guldbranshal, se extenderá á Sumd-Moer y penetrará en Kongsberg. Dos mil mineros pueden ponerse sobre las armas en tres dias. La rebelion se hará en nombre de Schumacker, pues en su nombre le hablan los emisarios. Las reservas del Mediodía y la guarnicion de Drontheim y de Skongen se pondrán en movimiento, y vuestra gracia estará aquí precisamente para sofocar la rebelion; nuevo é insigne servicio prestado al rey para librarle de Schumacker, tan peligroso para su trono. Hé aquí las bases indestructibles sobre las que se levantará el edificio que ha de coronar el casamiento de la noble dama Ulrica con el baron de Thorvick.

La conferencia íntima de dos malvados nunca es larga, porque lo que hay de humano en ellos se asusta pronto de lo que en ellos hay de infernal. Cuando dos almas perversas se enseñan mutuamente su impúdica desnudez, se horrorizan de su mútua fealdad. El crimen horroriza al mismo crimen; y malvados que conversan con todo el cinismo de la soledad de sus pasiones, de sus placeres, de sus intereses, son el uno para el otro un espantoso espejo. Su propia bajeza los humilla en su imágen, su propio orgullo los confunde, su propia miseria los aterra; y no pueden evitarse ni desmentirse en el espejo que tienen delante, porque cada relacion odiosa, cada horrible coincidencia, cada semejanza impura, en-

cuentra en ellos una voz incansable que les denuncia á sus oídos. Por más secreta que sea su entrevista, siempre hay en ella dos testigos insoportables:—Dios, que ellos no ven, y su conciencia, que sienten.

Las conversaciones confidenciales de Musdæmon eran tanto más enojosas para el conde, cuanto aquel infame privado atribuía siempre sin rebozo á su señor la mitad de los crímenes ejecutados ó en proyecto. Muchos cortesanos tienen la destreza de ocultar á los ojos de los grandes la apariencia de las malas acciones, tomando sobre sí la responsabilidad del mal, y aun dejando muchas veces al pudor de sus protectores el consuelo de hacerles ver que se resistían á que se cometiera un crimen provechoso. Musdæmon, por un refinamiento de destreza, seguía la marcha contraria: su intento era aparentar que aconsejaba rara vez y que ejecutaba siempre. Conocía bien á su señor y por eso nunca se comprometía sin comprometer al conde. La cabeza que el conde vería cortada con más gusto, despues de la de Schumacker, era la de Musdæmon; él lo sabia, como si su señor se lo hubiera dicho, y el conde sabia que aquel no lo ignoraba.

—Mugdæmon, sois el más fiel y el más celoso de mis servidores. Todo vá bien y os lo debo á vos. Pienso nombraros secretario íntimo de la gran cancillería.

Mugdæmon se inclinó profundamente.

—Voy tambien á pedir para vos por tercera vez la órden del Dannebrog... Adios, añadió el conde presentándole la mano para que se la besara, adios, señor secretario íntimo; id á redactar vuestro memorial, que acaso encuentre al rey en un momento de buen humor.

—Que lo conceda ó no su majestad, estoy orgulloso y agradecido á las bondades de vuestra gracia.

—Me urge partir: es necesario que procureis recoger noticias exactas sobre Han de Islandia.

Mugdæmon, despues de una tercera reverencia, abrió la puerta de la estancia.

—Ah! se me olvidaba... como cargo de vuestro nuevo empleo de secretario íntimo, escribireis para que se envíe la destitucion del síndico de este villorrio de Levig, porque compromete su autoridad en el canton cometiendo un sinnúmero de bajezas con personas á las que no conoce.